

PRÓLOGO

MEDIO SIGLO Y UN POETA. LA VOLUNTAD PACÍFICA DEL HOMBRE QUE CAMINA

Antonio Sáenz de Miera es el hombre que camina y da. El hombre que da y que no para de dar. Por los montes, por las ciudades. Por las calles de los pueblos del Guadarrama y por las calles ruidosas de Madrid, donde reside.

Camina en mi barrio, en Madrid, con su sombrero de ala ancha, de cuero, bajo el sol, abrigado como un montañero en invierno, por la sierra de Guadarrama, su territorio comanche, a pie o con la mente, todos los días del año.

Y tiene el corazón de una buena persona, un ser solidario que ha convertido la nobleza de carácter en parte indisoluble de la piel de su alma.

En España ha trabajado para que la educación no se separe de las ansiedades de la sociedad; lo ha hecho con la voluntad de las personas que en todo empeño ponen el buen humor, esa parte de dentro de la diplomacia.

Y es un luchador. Por las cosas importantes, por la enseñanza y por la paz, que en su voluntad de ciudadano van parejas. Por la educación y por la paz, es decir, por el entendimiento. En eso trabaja y para eso respira. Hace unas semanas me citó en el bar al que vamos de vez en cuando, por el barrio. Venía de buscar libros, de

caminar por el Retiro, de encontrarse con amigos: siempre viene de algún lugar en el que estuvo con otros; y aunque no esté con otros, pues su vida es la de un montañero, por tanto dotado para estar solo, siempre viene con noticias ajenas, de buenas causas o hacia buenas causas.

Había un presidente argentino, Hipólito Irigoyen, al que le preguntaban los transeúntes bonaerenses «¿De dónde viene, Irigoyen?», y él respondía: «Yo hasta cuando vengo voy». Ese es admirable Antonio Sáenz de Miera, el hombre que va.

Y va a Colombia, por ejemplo. Entre los amores que le ha ido dando la vida de ser solidario que se manifiesta ayudando a que los otros vivan mejor, adoptó el amor por Colombia, a la que ama, como la amamos tantos. Un país de literatura y de música, de alma torturada o alegre, de alma sobresaltada durante más de medio siglo por el terror oscuro del narcotráfico y de las armas. El terror que mata por matar y solivianta el alma de la casa que es un país. Él se decidió por Colombia y se ha empeñado ahora en mostrar ese amor en forma de iniciativa pacificadora, a favor del sueño difícil de la paz. La guerra la hace cualquiera, la paz la hacen los justos. Como Antonio Sáenz de Miera, que desde el anonimato del voluntario ha ido y venido de ese país bellísimo para procurar sosiego e ideas (las ideas del sosiego) a quienes negocian que allí ya no haya, nunca más, ni una gota de sangre rota por la sinrazón de la metralla del odio. El plebiscito raro, en el que un presidente que fue se opuso al presidente que está por el ego de ganar, ha sido la materia del trabajo de paz de este hombre que da que es mi vecino y mi amigo y, muchas veces, mi consejero. Puede aconsejarte Antonio que cambies de vida o que tomes agua, todo en el segmento de unos segundos. Veloz como buen andarín, no deja que las conversaciones se humedezcan, las mantiene siempre frescas, porque no es entretenido sino preciso. Y eso se nota en las reflexiones que obtiene y que está en este volumen en el que per-

sonas de buena voluntad generan, para el futuro, las consideraciones sobre los dramas que nos han acompañado hasta el presente.

Sólo un hombre así, tan español de otros tiempos, es capaz de conseguir esta mesa de paz que es este libro plural que tienen delante.

Y es, como dije para el epílogo que le escribí para la edición colombiana de este volumen, porque Antonio es un hombre de amor y de paz, que nos hace entender las ansiedades pacíficas que anidan en su alma terrenal y aérea, el alma de un ciudadano que anda.

Él nos enseña, aquí y siempre, a amar Colombia. Las palabras que obtiene para construir la paz civil son el retrato de su ansia por mostrar por qué amamos Colombia.

Y, sí, amamos tanto a Colombia.

¿Por qué?

Por la esencia de su gente, por la sonrisa, por la música, por el dolor. Por lo que no está escrito, por lo que suena, por todo lo que está escrito. Por sus escritores, por su paisaje, por la fantasía.

Por el dolor.

Amamos tanto a Colombia por el dolor.

El dolor de Colombia es también el dolor español, de la guerra, de antes de la guerra, de las restantes guerras, por la intolerancia. Por la Inquisición, que aún vive en nuestras almas. Por la Inquisición que se reinstauró en el franquismo.

Amamos tanto a Colombia.

Hace veinte años estaba en el hotel más familiar de Bogotá, tanto que tiene nombre de familia.

Allí estaban desayunando, tarde, siempre desayunan tarde los colombianos los domingos, dos escritores, R. H. Moreno Durán y María Mercedes Carranza. Ya no están. Pero allí estaban entonces.

¿Hasta cuándo durará este dolor?, les pregunté.

Le hice la pregunta a los dos. Se la también hice a Darío Jaramillo Agudelo. A Fernando Vallejo, en México, a Laura Restrepo, en una casa de los altos de Bogotá.

Ese día estaban desayunando R. H. y María Mercedes. Uno de los dos me dijo algo que nunca olvido:

«Esto sólo lo arreglan cincuenta años y un poeta».

Tomé nota en mi libretita.

María Jimena Duzán me dijo lo mismo en la cafetería de otro hotel familiar, en el que había, tan temprano, olor a guayaba, como si estuviera al lado de una selva de olores.

Poco después se mató María Mercedes; su hermano habitaba en el limbo de los desaparecidos, vete a saber si vivo o muerto. Su dolor, el dolor de María Mercedes, estaba en el rostro. Ese chándal que llevaba, su diente en el desayuno, todo era innecesario para ella, ni los ojos. Nada era verdad en su risa, estaba por dentro tan entristecida. Por dentro iba el puñal que finalmente hizo su horrible trabajo contra ella misma. El dolor. La tristeza y el dolor, la inclemente presencia de las mañanas. ¿Para qué?

El dolor de Colombia.

Al poeta, al también poeta, Jaramillo le cercenaron una pierna. Un amigo le escribió unos versos. Bendigo, le decía, el aire que ahora pisas.

Colombianos y dolor.

Cuando estuve en Medellín, en 2016, un día antes del referéndum que alentó Santos, estuve con amigos y taxistas, Héctor Abad tenía el temor fundado de que ese plebiscito terminara en un arma uribista, de incomprensión, intolerancia y odio. Y los taxistas fueron profetas: ya verá usted, van a decir que no los colombianos.

Luego pasó eso, pero la política ha ido pudiendo restituir la posibilidad de la paz.

Este trabajo que hacen amigos de Colombia como Antonio Sáenz de Miera, que viene de la sierra de Guadarrama y cuya trayectoria vital pasa por la guerra civil española, es una obra de comprensión: comprenderlos a todos para ponerse en el bando que quiere acabar con el dolor.

Hace falta un poeta, o han hecho falta muchos; y han pasado ya muchos años, ese medio siglo en concreto que decían Carranza o Moreno Durán.

Si el afecto fuera un arma noble seguro que el que alientan Antonio y tantos amigos más conseguirá que esta amada Colombia llegue a la paz para siempre.

Me lo dicen el aliento de aquellas palabras que escuché en medio del olor que mejor se quedó en mi memoria. El olor de la guayaba. Y me lo dice la voz de Colombia, su poesía.

Tener ahora en las manos este testimonio de amor, y entendimiento, para la paz, sólo es posible por la capacidad de juntar que tiene Antonio Sáenz de Miera. Como los pacientes instructores de tantos españoles de su tiempo, aquellos hombres y mujeres de la Institución Libre de Enseñanza, este hombre menudo y vital, es capaz de poner a un lado sus ideas para escuchar las de otros. Este es el espíritu de la mesa redonda que preside y que da espíritu a este testimonio con el que les deajo.

Y les deajo, además, con lo último que me enseñó Antonio, la última vez que lo vi.

Siempre tiene en los ojos un hallazgo reciente. Y ese día me lo trajo.

«Bebe agua», me dijo.

¿Por qué debo beber agua?, le pregunté.

«Porque los viejos no sabemos que tenemos sed, y podemos secarnos».

Me pareció una metáfora de lo que busca. Hablar, como beber, para que no se seque la llama de la paz que él busca para Colombia con sus amigos colombianos. Agua para que no gane la partida la sed voraz de la guerra.

JUAN CRUZ RUIZ
Madrid, mayo de 2017